

Johan Cruyff

Siempre al ataque



Auke Kok

Prólogo de Ramon Besa

geoPlaneta 

Auke Kok

**Johan
Cruyff**

Siempre al ataque

Prólogo de Ramon Besa

Johan Cruyff – Siempre al ataque

Título original: *Johan Cruiff: altijd in de aanval*

DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

geoPlaneta

© Editorial Planeta, S.A., 2021

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.com – www.geoplaneta.es

1ª edición en español: marzo del 2021

© Traducción: Beatriz Jiménez, Irene de la Torre, 2021

© Prólogo: Ramon Besa, 2021

© Fotografía de cubierta: Horacio Seguí, 2021

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

© Auke Kok, 2019

© Hollands Diep, Amsterdam 2019

ISBN: 978-84-08-23927-7

Depósito legal: B. 21.653-2020

Impresión y encuadernación: Black Print

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	
Johan Cruyff y el mito que da sentido al relato del Barça.....	9
<i>Capítulo 1. ¿Qué hacemos con Johan?</i>	21
<i>Capítulo 2. Niño de papá</i>	31
<i>Capítulo 3. Un caso aparte</i>	49
<i>Capítulo 4. Bromas y trapicheos</i>	67
<i>Capítulo 5. El debut</i>	81
<i>Capítulo 6. El salto a la fama</i>	97
<i>Capítulo 7. Paso a paso</i>	117
<i>Capítulo 8. Una agresión accidental</i>	129
<i>Capítulo 9. La mariposa del Leidseplein</i>	149
<i>Capítulo 10. Terco y egoísta</i>	165
<i>Capítulo 11. «Vamos a comprar dos anillos»</i>	183
<i>Capítulo 12. Como un rayo</i>	201
<i>Capítulo 13. La soledad del líder</i>	215
<i>Capítulo 14. De cómo Cruyff se convirtió en un Coster</i>	229
<i>Capítulo 15. ¿Un rebelde?</i>	245
<i>Capítulo 16. Al 14 le sale todo bien</i>	261

<i>Capítulo 17. «Doctor, estoy muy cansado»</i>	271
<i>Capítulo 18. El mejor del mundo</i>	285
<i>Capítulo 19. Envidia</i>	299
<i>Capítulo 20. «Llama a Barcelona»</i>	315
<i>Capítulo 21. Y todo entró en calor</i>	331
<i>Capítulo 22. Todos arrimaron el hombro</i>	355
<i>Capítulo 23. El más bello de todos los perdedores</i>	371
<i>Capítulo 24. Todo lo bueno se acaba</i>	393
<i>Capítulo 25. Más que un futbolista</i>	411
<i>Capítulo 26. El hombre de negocios</i>	429
<i>Capítulo 27. El sueño americano</i>	449
<i>Capítulo 28. Solo Cruyff se atreve a algo así</i>	469
<i>Capítulo 29. Una imagen mágica de sí mismo</i>	491
<i>Capítulo 30. Consecuente hasta el final</i>	507
<i>Capítulo 31. El alegre dictador</i>	523
<i>Capítulo 32. Placer y sufrimiento</i>	541
<i>Capítulo 33. Hombre de Dios y del pueblo</i>	561
<i>Capítulo 34. Probablemente inmortal</i>	577

Capítulo 1

¿QUÉ HACEMOS CON JOHAN?

En la tienda de deportes en la que trabajaba, porque con 15 años un chaval algo tiene ya que hacer, lo tenían por un chico tranquilo, pero de aspecto un tanto triste. Tenía que trabajar porque el colegio no le había ido precisamente bien, aunque en este primer empleo las cosas tampoco iban sobre ruedas. Que Johan Cruyff se mantenía ocupado quizás sea lo mejor que se podría decir de su paso por la tienda de deportes de Perry van der Kar. La tienda de la calle Ceintuurbaan, en el popular barrio de De Pijp, en Ámsterdam, se regía por una jerarquía estricta, lo cual eran malas noticias para un empleado de almacén. Era un trabajo de apoyo, el último en la cadena de mando, a excepción del personal de limpieza. Johan no había tenido noticias de la formación para empleados que le habían prometido.

Empezó a trabajar en enero de 1963, coincidiendo con el invierno más frío que recuerda el ser humano. Las tormentas levantaban columnas de nieve a la puertas de la tienda y el río Ámstel llevaba semanas congelado. Pero Johan apenas pudo divertirse tirando bolas de nieve o patinando sobre el hielo; ni siquiera podía mirar ensimismado por la ventana, como hacía en el colegio. En el sótano ayudaba a descargar y desembalar los artículos que entregaban los mayoristas: los uniformes de fútbol y otros artículos de deporte, los juguetes, la ropa de deporte femenina y masculina. Johan controlaba si los pedidos estaban en orden; ponía las etiquetas a los artículos y luego los colocaba en los estantes correspondientes del almacén.

En aquella enorme tienda iba de un lado a otro de nueve de la mañana a cinco de la tarde sin parar; arriba y abajo, semana tras semana, mes tras mes. Estaba atrapado en un mundo que le aburría.

Al menos lo que pasaba por sus manos eran artículos de deporte, algo es algo. También le llamaba la atención la historia del director, Leo van der Kar. Antiguo jugador de fútbol y diletante en varias disciplinas atléticas, era bien conocido en el mundillo del deporte, y como masajista y entrenador había participado en eventos importantes, como los Juegos Olímpicos de 1948. Además, el superior directo de Johan, el gerente de almacén Henk de Haan, jugaba en el equipo de aficionados del Ajax en sus ratos libres. Así que, mientras ordenaban y marcaban los precios de los productos, a veces se hablaba de fútbol. Pero eso no impedía que los días entre el sótano y el almacén de la primera planta pasaran terriblemente lentos.

Su carné de empresa refleja perfectamente su situación. La foto en blanco y negro muestra a un chico de mirada frágil y acuosa: la expresión de un chaval que preferiría estar en cualquier otro sitio. La foto también refleja las normas y los valores que le habían enseñado en casa. Al igual que en sus fotos del colegio, se le ve limpio y arreglado, con un jersey impecable y un pulcro peinado con raya a un lado. Y, como no podía ser de otra manera, Johan trataba a sus clientes con educación, a pesar de su malestar. Puede que por las calles del barrio de Betondorp, donde vivía con su madre y su hermano mayor, Henny, fuese un bocazas, incluso un poco macarra, pero en el colegio siempre se comportaba respetuosamente con sus profesores. Y aquí, en la principal tienda deportiva de Ámsterdam, compuesta por cinco locales contiguos, no se le escaparía ni una mala palabra. Ni muchas buenas, a decir verdad.

En aquella foto, mira a la cámara con ojos suaves e interrogativos; una expresión muy distinta a la reputación que tenía en la calle donde vivía y también alejada de la que conocería el mundo en el futuro.

Futuro. ¿Acaso aquel quinceañero tenía algún futuro?

Tres años atrás, la oficina de empleo no le había mostrado unas posibilidades muy halagüeñas. Johan había suspendido el primer curso en el instituto de Oosterpark y fue expulsado inmediatamente: no estaba permitido repetir. Para su madre, fue

motivo suficiente para someterle a pruebas psicológicas. En casa se mostraba inquieto y estaba claro que en el colegio poco futuro tenía. ¿Y ahora qué? ¿Quizás una formación profesional? El departamento de orientación profesional de la oficina de empleo llegó a la conclusión de que Johan todavía era «demasiado infantil» para decantarse por un oficio concreto. «Profesiones comerciales», señalaba el informe, o quizás encajaría bien «en el sector de la distribución, o en tiendas y almacenes». Pero nada de profesiones técnicas, trabajo de precisión o tareas similares. Le faltaba «paciencia, cuidado, orden y precisión». Desde luego, tampoco destacaba como prodigio lingüístico, pero las matemáticas se le daban bastante bien. Personal y físicamente, Johan todavía estaba «lejos de ser un adulto», lo que posiblemente estaba relacionado con su actitud díscola y «temperamental». Si no se centraba más en su trabajo escolar, sus prestaciones seguirían siendo insuficientes. «Es lo bastante inteligente como para enfrentarse al instituto, siempre que se esfuerce lo necesario.»

Esta impresión de que Johan no se esforzaba al máximo se veía reflejada en sus últimas notas de primaria. Junto a una lista con muchos aprobados, un par de notables (matemáticas) y un sobresaliente (gimnasia), se veía escrito en mayúsculas: «¡Johan puede hacerlo mejor!».

Si ese potencial era real, a sus profesores de secundaria les pasó desapercibido. Quizás Nel Cruyff había sido demasiado optimista dejando que su hijo de 13 años se matriculase en 1960 en el instituto W. Y. Bontekoe, junto al Tropenmuseum (Museo del Trópico) de Ámsterdam. Era un politécnico en el que se impartían clases de manualidades y carpintería, y en el que los alumnos cumplían su condena mientras esperaban el final de la educación obligatoria, que por entonces llegaba a los 14 años. Si Johan se dejó ver por aquel colegio, no se sabe con qué frecuencia. En cualquier caso, un año más tarde probaría en otro instituto, el Frankendael, cerca de la casa de sus padres. Era un instituto con un módulo adicional para alumnos con problemas de concentración. Ahí mejoró su rendimiento, pero, al igual que en el colegio, solo estaba verdaderamente presente en las clases de gimnasia.

Parecía cobrar vida cuando se ponía la ropa de deporte. «La única vez que dimos fútbol», recuerda un antiguo compañero, «Johan se deshizo de todos sus oponentes y esperó hasta que pudo tirar a puerta haciendo rebotar el balón en un compañero, uno que era un auténtico negado. Así le alegró el día al chaval: había marcado un gol sin esfuerzo.»

Gracias al estricto programa del colegio Frankendael, Johan consiguió pasar a segundo curso. Ese año tuvo éxito, aunque no en el ámbito que hubiesen querido los profesores. «En clase era un chaval tranquilo y solitario», recuerda otro compañero, «podías ni reparar en él, pero los lunes, cuando ese fin de semana había conseguido algo especial en el Ajax, lo rodeaba una multitud de niños. Entonces era el amo.»

Esas Navidades, tras dos años y medio de preocupaciones, ánimos y reprimendas, su madre decidió sacarlo de la escuela. Tres institutos, tres fracasos. No tenía sentido insistir.

Para Nel Cruyff-Draaijer, viuda de 45 años, fueron tiempos difíciles. Primero perdió a su marido, después tuvo que cerrar la frutería familiar y comenzar una vida de penurias, y luego se dio cuenta de que su hijo pequeño no llegaría a nada en el colegio. Por suerte, el Ajax le ofreció una solución. Desde la muerte de su marido trabajaba como limpiadora en el estadio y, ahora que había problemas con Johan, al Ajax se le ocurrió una salida para el chaval. El hijo de Nel jugaba de maravilla, eso lo sabía todo el mundo desde su ingreso en las categorías inferiores del club a los diez años, pero eso no lo salvaría de acabar como un fracasado. Entonces, ¿qué hacemos con Johan?

Leo van der Kar sabía qué hacer. El dueño de la tienda de deportes, amable y vanidoso a partes iguales, procedente de una familia judía de comerciantes y talladores de diamantes, guardaba buena relación con la dirección del Ajax. Como masajista había trabajado con atletas de élite como Wim Slijkhuis y Fanny Blankers-Koen. Además, desde que se dedicaba a la venta de artículos deportivos, ofrecía trabajo a patinadores y futbolistas para

que tuviesen un ingreso una vez acabadas sus carreras. A Jopie, como llamaban a Johan en el club, también le haría un hueco en su tienda.

Estaba claro que Leo van der Kar quería lo mejor para su empleado más joven. A pesar de que era evidente que Johan se aburría en Ceintuurbaan, el 1 de agosto de 1963 Van der Kar le subió el sueldo semanal de 80 florines, que no estaba mal para un chaval sin apenas experiencia, a 100. También permitía que los sábados Johan ayudase a los jugadores del primer equipo del Ajax cuando estos necesitaban botas de fútbol nuevas. El mero hecho de que le dejase coger esas botas de los estantes —¡esos cordones impolutos!, ¡esos tacos de acero brillantes!— le parecía una maravilla. Pero, en cuanto se marchaban los jugadores, Johan volvía a bajar a su oscuro sótano.

Su único motivo para la alegría fue un contrato juvenil con el Ajax. Y lo había conseguido él solito. Johan quería ganar dinero con el fútbol y, dado que el Ajax no se mostró muy predispuesto —o, según él, no reaccionó lo bastante rápido—, con 15 años los informó de su intención de marcharse al De Volewijckers, el equipo del barrio de Ámsterdam-Noord. Allí le habían ofrecido un ciclomotor. El Ajax supo frustrar este acuerdo en el último momento, pero, justo entonces, el ex entrenador inglés del Ajax, Keith Spurgeon, también mostró su interés por llevarse al niño prodigio a su nuevo club, el Blauw-Wit Ámsterdam. Tanto interés por Johan provocó el pánico en el Ajax: según sus directivos, el joven futbolista les pertenecía. Por eso se le redactó un «contrato juvenil especial», como lo describiría crípticamente el futuro presidente del club, Jan Melchers. Lo especial fue que falsificaron su edad a 16 años. «Todos los del club nos sabíamos la historia», comenta un antiguo compañero de Johan, Hennie Heerland, «y todos lo entendíamos: así era como el Ajax ayudaba a una familia desfavorecida. Sucedieron más cosas al margen de las normas. Pero oficialmente nadie lo sabía.»

La Real Asociación Neerlandesa de Fútbol (KNVB) solo permitía que un jugador juvenil tuviera un contrato remunerado a partir de los 16 años. Lo había dejado muy claro cuando se

reguló la cuestión en 1961. La firma de aquel primer contrato juvenil de Johan también trajo problemas en casa. El tío Dirk, hermano del difunto padre de Johan y su tutor legal, no quería saber nada de ese chanchullo. La hija de Dirk, Dorie, jamás lo olvidará; tal fue la impresión que le causó la negativa de su padre, quien no quería transgredir la ley. Un «no» de Dirk Cruyff era un «no», así que, si Johan quería seguir adelante, debía buscarse otro tutor.

Y así lo hizo. Barend Tak, otro de sus tíos, casado con la hermana de Nel, Riek, no fue tan puntilloso. Barend, gran hincha del Ajax, era un tipo tosco que vivía a tiro de piedra de Nel, en Betondorp. Así fue como las firmas de Nel Cruyff y Barend Tak acabaron estampadas en el contrato juvenil de Johan.

Aquel primer contrato de Johan incluía una cláusula interesante: si se esforzaba lo suficiente en el colegio y superaba el instituto, el Ajax le otorgaría una bonificación de 500 florines. Era una cantidad golosa para la época, un incentivo que dejaba claro lo importante que era para los directivos y, sobre todo, para su madre que Johan consiguiera una buena formación y que no lo fiase todo a marcar goles, algo que, por cierto, hacía con sorprendente frecuencia. Pero, a pesar de esta atractiva recompensa, apenas consiguió nada en la escuela, lo que tuvo sus conocidas consecuencias.

Aparte de lo que sacaba en la tienda de deportes, ahora también ganaba algunos florines al mes con lo único que le interesaba de verdad en el mundo. Seguramente era el único chaval de 15 años en Ámsterdam con un contrato de fútbol en el bolsillo. No sería ni la primera ni la última vez que se hacía una excepción para Jopie.

Las preocupaciones del Ajax y, sobre todo, de su madre no eran infundadas. Las posibilidades de que Johan pudiese vivir del fútbol a largo plazo eran ínfimas. Era demasiado pequeño y flaco para su edad, y sufría migrañas. «A veces lo veías con una goma atada al dedo», recuerda un amigo de entonces, Leo Happé, «su madre le había convencido de que con eso se le iría el dolor. A veces también lo llevaban a un médico alternativo.» No servía de

nada. El dolor de cabeza, que seguramente estuviese relacionado con su nerviosismo, seguía apareciendo. También tenía algún problema en los empeines, que eran bastante anchos, lo que según el médico estaba relacionado con su escaso desarrollo muscular y con sus pies planos. Si se le añade a eso cierta falta de autocontrol, cualquiera pensaría que una carrera en el mundo del deporte estaba fuera de su alcance.

Y si, a pesar de sus limitaciones físicas y psicológicas, llegaba a convertirse en futbolista profesional, ¿hasta dónde le llevaría eso? Ser futbolista profesional no era gran cosa en 1962. Ocho años después de la introducción del fútbol profesional en los Países Bajos, todavía no había ni un jugador que viviera exclusivamente del fútbol. Los jugadores de primera división entrenaban por las noches y por el día eran representantes, contables, corredores de seguros, dueños de cafeterías, obreros... En el Ajax, que por entonces era un club más bien mediocre, muchos jugadores tenían una tienda. Era obvio que a Johan también le esperaba algo así tras cumplir la treintena: si abría un estanco o una tienda de artículos deportivos podría aprovechar la fama futbolera local para ganar algún dinero. Pero, si quería llegar a eso, necesitaba papeles y diplomas que no tenía. Johan tenía su título de primaria, sus diplomas de natación y de seguridad vial...,¹ y para de contar.

Ni siquiera los mayores héroes holandeses del fútbol de la posguerra vivían solo del deporte. El elegante delantero Faas Wilkes, por ejemplo, había vivido bien los años que jugó en Italia y España, donde militó un par de temporadas en el Valencia y otra en el Levante. Pero, tras retirarse, abrió una tienda de ropa en Róterdam para poder llegar a fin de mes. Y el legendario regateador Abe Lenstra nunca quiso renunciar a la seguridad que le daba su plaza de funcionario en el Ayuntamiento de Heerenveen. En 1962, ya cuarentón, Lenstra todavía jugaba en el En-

¹ *N. de las T.* En los Países Bajos, aún hoy en día, todos los alumnos de primaria deben obtener unos diplomas de natación y de seguridad vial para poder pasar a secundaria. Esto se debe a lo mucho que los niños van en bici por las ciudades y a la persistente amenaza del mar y de las inundaciones.

schedese Boys, que poco después sería absorbido por el FC Twente; más tarde, trabajó como representante de una fábrica de cerveza. Kick Smit, portero del Haarlem, que junto con Wilkes y Lenstra sería el modelo para el personaje de cómic Kick Wilstra, muy popular en la juventud de Cruyff, se tuvo que ganar la vida como profesor de educación física.

En resumen, no parecía plausible que Johan fuese a construir toda su vida sobre sus dotes deportivas. Todo lo que se esperaba de un futbolista en los años sesenta (coraje, humildad, determinación) lo representaba el guapetón rubio Kick Wilstra, no el inquieto empleado de almacén de Betondorp.

Johan enfermaba con frecuencia y la situación no mejoró cuando empezó a fumar a una edad temprana. Cuando le dejaban salir durante sus descansos en la tienda, solía ir al estanco de otro ex jugador del Ajax, Piet Ouderland, en el mismo barrio de De Pijp. Allí podía charlar y echar un pitillo, y aunque Ouderland le reprendía —«¿Seguro que deberías hacer eso? ¿A que a mí no me ves fumar?»—, le terminaba vendiendo las cajetillas que pidiera. Entre calada y calada, Johan parecía calmar sus nervios, que no dejaban de darle problemas.

Cada semana que pasaba en el Ajax se volvía más rebelde. Con su pantalón corto que aleteaba por sus piernas flacas, ya no se parecía en nada al tímido empleado de almacén de Ceintuurbaan. En la división juvenil B1 del Ajax ya mostraba una determinación absoluta. A veces apagaba un cigarrillo en el suelo con sus botas justo antes de entrar en el campo, y no solo tenían que aguantarlo los compañeros, sino también los árbitros. Según él, no tenían ni idea del juego, y así se lo hacía saber. En los entrenamientos, Jopie hablaba sin descanso. «Eh, Jopie, ¡a jugar!», le increpaba el entrenador, Jany van der Veen, y solo entonces se callaba. Pero no por mucho tiempo. Van der Veen no bromeaba cuando decía que Johan lo tenía todo para ser un número uno. Todo, excepto la disciplina necesaria.

Hasta en las altas esferas del club pensaban que Jopie era un adolescente tozudo. Pero aquel terco jovencito jugaba al fútbol de maravilla. El Ajax era un club con una filosofía propia, en

el que los entrenadores juveniles ejercían también como educadores. Quizás por ello se esforzaban tanto con Johan, porque si no las cosas le irían mal. Y eso al club no le interesaba.

Pero era como si el comportamiento que intentaban inculcarle su madre y sus profesores desapareciese durante los partidos. Como si al pisar el campo se convirtiese en el Jopie rebelde. Al club no le quedó otra opción que imponerle multas: primero cinco florines, después diez. Y finalmente, cuando los directivos tampoco sabían ya qué hacer, Johan tuvo que escribir cincuenta veces: «Debo portarme bien y jugar limpio durante los partidos». Como si todavía estuviese en el colegio, Johan prometió cincuenta veces que se comportaría y acataría las normas deportivas. Remató el escrito con un cortés «Un saludo cordial» y su firma.